

El C. *Ing. Juan de Dios Arellaneda*

Merida Núm. 25
Insurgentes No. 286

México, D. F.

Saluda muy atentamente al Sr. Gral. de Div. Don Plutarco Elías
Calles y le ruega enterarse de estas conferencias importantes y tener
la bondad de devolverlas después de leídas por no disponer de copias.

Gracias.

PROBLEMAS NACIONALES.

QUIEN Y QUE ES EL MEXICANO.

= = = = =

CONFERENCIA SUSTENTADA POR EL C. INGENIERO JUAN
DE DIOS AVELLANEDA EL DIA 13 DEL MES DE JUNIO DE 1931
EN EL TEATRO HIDALGO DE LA CIUDAD DE MEXICO.

PRIMERA PARTE.

Llegó, por fin, México, en el camino ascendiente de su vida, al momento fatal, interesante y decisivo en que es preciso determine por sí mismo la ruta primordial de sus destinos; para ésto es indispensable volver resueltamente la cara hacia el pasado, ennumerar los errores cometidos, los obstáculos encontrados y tener en cuenta los tropiezos, las circunstancias y las experiencias del ayer con objeto de que sirvan de inspiración y fundamento a la marcha triunfal que en éste instante inicia nuestra raza.

Es indispensable, también, detenerse un instante a justipreciar sin miramientos los valores espirituales, morales y económicos de que disponemos para calcular desde luego la cuantía é importancia de nuestras posibilidades é iluminar señalando con mano experta, elevada y segura la meta a que la República debe dirigir, ya orientados, sus esfuerzos.

Dos elementos esenciales se imponen a nuestra consideración tratándose del futuro de la Patria y ellos son el hombre y el medio ---- ¿Qué produce y para qué puede servirnos el territorio nacional, libre y ubérrimo que con su sangre y vida nos legaron nuestros mayores? ¿Quien y qué es el mexicano del presente y qué puede ser el de mañana?

El mexicano de ahora es, forzosamente, una consecuencia espiritual y biológica del mexicano del pasado y tendremos que ir a las fuentes históricas de su formación si queremos observar el proceso de su desenvolvimiento, conocer efectivamente su talla intelectual, su constitución y sus facultades mentales y corpóreas así como las potencialidades benéficas que en él residen. Dicho lo anterior comencemos con lo que es de sobra conocido pero que ahora nos interesa, es decir, que era ésta parte de la América Septentrional un país selvático é incógnito, magnífico por la altura de sus montañas, por la virginidad de sus selvas, por el precioso conjunto de riquezas admirablemente acumuladas, habitado por razas aborígenes semisalvajes que permanecían en constante pugna entre ellas mismas, avasallando las unas a las otras, hablando dialectos diferentes y practicando ritos y costumbres que poco ó nada tenían de semejantes, cuando como surgidas del fondo de los mares, allá donde el Dios sol se incorpora todas las mañanas sobre un lecho de nubes encendidas, aparecieron las carabelas de Crisóforo Colombo como heraldos providenciales portadores de la vida y civilización occidentales y procedieron a la conquista, posesión y absorción de los seres y las cosas que residían en el vasto terreno situado entre los dos más grandes océanos de la tierra, que reclina su frente en el círculo polar ártico y descansa su planta quebrantada en el estrecho de Magallanes.

Si hemos de aceptar como grupo inicial de nuestra existencia contemporánea al entonces influyente Imperio de los Aztecas, deberemos reconocer que llevamos en el alma un raro sedimento transportado de generación en generación consistente en complicada mezcla de despotismo, de misticismo y valentía, pues aquellos hombres antecesores nuestros eran regidos por sus emperadores omnipotentes y sanguinarios, por sus crueles sacerdotes agoreros y por sus caudillos insaciables; a los primeros obedecían reconociendo en ellos un principio de autoridad,

seguían a los segundos atraídos por la sugestión y morían a las plantas de los terceros por gusto, por desprecio a la vida y también por la necesidad y hasta codicia del botín, para someter pueblos é imponerles tributo y adquirir prisioneros a quienes inmolar inclementes a sus dioses sedientos de sacrificio humano bajo el cielo azul y espléndido de América.

Por el otro lado, la conquista representó la autoridad monárquica y eclesiástica de una Europa todavía víctima del atraso del siglo décimo de nuestra Era y empobrecida por sus guerras y sus errores. Dos grupos de hombres efectuaron prácticamente la conquista: los militares profesionales ó improvisados y los monjes dominicos y franciscanos. Aquellos desenvainaron sus espadas vencieron y golpearon a los indios, les arrebataron su oro, sus chinampas, sus terrenos y sus mujeres, mientras los otros les mostraban la cruz y les predicaban la religión de aquel oscuro judío iluminado que inició su apostolado recorriendo andrajoso y descalzo los caminos de Galilea y las aguas del tormentoso Tiberiades. Unos en nombre del rey los atormentaban, otros en nombre del Papa los seducían y todos vivían de la riqueza, del sudor, de la desgracia de los oprimidos.

De ésta antítesis fundamental, de ésta contradicción escandalosa y visible, de éste ilogismo trágico y sombrío arranca y viene todo el ser y el valer del mexicano que vive hoy en un mundo civilizado en plena vigésima centuria. Y toda nuestra personalidad, y toda nuestra constitución interna y exterior, todos nuestros actos públicos y privados son hasta hoy fruto natural y forzoso de aquellos actos, consecuencia de aquellos métodos, prolongación de aquella vida.

Llevamos, pues, en las venas sangre de guerreros españoles que en todo tiempo supieron morir por su rey y por su dama, y sabia de indígenas combatientes que a honor tuvieron agonizar inmóviles por su em-

perador, por sus dioses, por su raza; somos producto estricto de la equivocada y constante acción política y religiosa de aquellos tiempos y por eso encontramos natural el arrojo, la valentía y el desprecio a la existencia que es común en los mexicanos del presente.

Y como ha sido la religión principal forjadora del alma de los hombres y fué por mucho tiempo rectora de los destinos de los pueblos importa sobre manera determinar su acción y consecuencias en el caso nacional que nos ocupa.

¿Cómo?, se pregunta el observador admirado y confundido, ¿Cómo pudo el indio robado, aniquilado, proscrito y vejado, aceptar tan honradamente la creencia religiosa de sus vencedores, de sus opresores, de sus tiranos que hasta hacía poco le eran desconocidos ~~y extraños~~, y cuyo origen, sentimientos é idioma le eran totalmente extraños?

La respuesta viene a flote con la manifiesta espontaneidad con que las burbujas aéreas surgen del fondo de los lagos y llegan a la superficie cristalina: Se dijo al indio que Jesús era humilde y compasivo y bueno, que había vivido en una pobreza igual a la que él se veía sometido; le predicaron la sumisión y la obediencia, le recomendaron, pues, lo único que él podía hacer; le negaron el derecho a la protesta salvadora que él no estaba en condiciones de formular de manera que pusieron a su alcance el pan espiritual que a su estado de ánimo convenía y le impartieron el consuelo que su alma atribulada pedía con todas las fuerzas de su naturaleza vencida y desdichada.

Así encontró terreno preparado en el corazón de los indios aquella religión especialísima que prosperó y se impuso cuando la pujanza, riqueza y poderío de Roma declinaban é imperó precisamente porque los Pueblos donde se propagaba estaban pobres y esclavizados: fué pues, siempre una religión propia para los vencidos é arredentos que prometió una bienandanza eterna allá, en un cielo desconocido é hipotético

a los que aquí sufren y han hambre y sed de pan, de justicia, de redención y les aconsejó sumisión que es esclavitud; humildad que es estéril negación de la personalidad y mata el esfuerzo meritorio y salvador.

No es, por lo tanto, extraño que ardientemente haya aceptado el indio una religión que le proporcionaba la fuente excelsa y divina de consuelo que tanto necesitaba aquella alma primitiva é imprevisora que antes de darse perfecta cuenta se vió privada de sus dominios, de su existencia libre, autónoma, selvática y radiante que a sus ojos era satisfactoria y envidiable. En cambio de la nueva situación que le convertía en esclavo tenía la promesa problemática pero consoladora de contemplar la faz resplandeciente de su creador en un cielo menos bello que el de Mahoma pero habitado por vírgenes y santos, entonando una canción interminable; Además la nueva religión tenía la ventaja de ser en esencia igual a la creencia de sus padres ya que sólo cambiaba la materia de que estaban hechos sus dioses materializados; en vez de sus ídolos grotescos hechos de barro ó lava vomitada antes por los cráteres de sus volcanes, adoraba ahora ídolos de yeso, de madera ó papel, representando los suyos el sol, la luna los elementos, y personificando éstas individualidades deslumbradoras, imágenes, de santos que vivieron hace tiempo, representando razas blancas, con facciones finas, ojos azules ó castaños y pelo dorado y barba rubia. Le explicaron que el sacrificio de la misa era la representación fiel y sagrada de la vida, pasión y muerte de Jesús el Cristo, que el pan se convierte en su carne propia, macerada, herida, despedazada, y el vino traído de los viñedos españoles ó italianos, es su sangre bendecida, así derramada para su salvación en cruento sacrificio sobre el Gólgota desolado, en una tarde espantosa y terrible en que la tierra tembló, el sol se obscureció y los muertos salieron de sus tumbas. De ésta manera el indio vió ahí el milagro que antes esperaba de sus dioses y pu-

7
no continuar venerando en la misa sus antiguos sacrificios humanos con sangre cálida derramada a torrentes sobre altares paganos de granito, a la altura solemne y serena de las pirámides. Así abrazó el indio aquella religión que había de pesar decisivamente en sus destinos creyendo que los santos eran sus ídolos reformados y encontrando en las ceremonias religiosas el misterio grave de sus viejos ritos ancestrales.

De ninguna manera deseo que se me tome por atacante de una religión que es respetable é influyó fuertemente en la obra civilizadora de los tiempos. Yo solamente señalo un hecho histórico y me veo obligado a señalarlo porque en él radican las causas del modo de ser del mexicano contemporáneo. En efecto, una alma complicada de guerrero y místico, comienza siendo la nuestra desde los primeros días de la rara fusión de dos razas separadas por el Atlántico, trayendo una la representación de los celtas, godos, fenicios, árabes, romanos y demás, mientras la otra era portadora del germen de todos sus ascendientes probablemente mongólicos y netamente americanos cuyas vidas, facultades y costumbres se pierden en el seno inexcrutable de los tiempos; alma que sería modificada por las nuevas condiciones que impusiera la conquista y las luces proyectadas por la civilización europea que inmediatamente obraron sobre ella de una manera inevitable y fiera.

Aceptada o tolerada la sumisión de los indios que lograban congraciarse en el ánimo de los conquistadores ocupaban por ésto puestos de relativa preponderancia utilizaban sus ventajosas posiciones precisamente en contra de sus propios consanguíneos.

Así comienza la inconsecuencia é intolerancia que con frecuencia hemos usado en contra de nosotros mismos y que desde luego floreció y produjo fatales consecuencias; el indio de las alturas tenía a su vez favorecidos que eran vistos con envidia y odio por el común de los conquistados y eran los unos espías, y denunciadores de los otros,

ejecutores de venganzas entre los indígenas superiores y los españoles. En seguida nacieron los criollos creyéndose con derechos de españoles y los mestizos con pretensiones de superioridad sanguínea sobre los aborígenes entablado entre sí una lucha antinatural y funesta como todas, espiándose y fiscalizándose entre sí, creando desde entonces esa desconfianza que individualmente nos tenemos y que fué insuperable obstáculo para nuestra Independencia Nacional, pues fueron constantemente vigilados, denunciados y sacrificados los patriotas precursores de nuestra emancipación política.

A éste desastroso estado social, es preciso agregar otro defecto de origen consistente en recordar que la obra conquistadora y fanatizante se llevó a cabo en pueblos aborígenes diferentes entre sí en absoluto: El Imperio de los aztecas no solo era distinto, sino que tuvo constantemente como pujante y despótico rival, al floreciente y laborioso de los tarascos que, si bien no demostró ser constructor de obras materiales perdurables, era en industria superior a aquel y muchas veces los guerreros pirindas destruyeron a las falanges nahuas; los muquis y los yaquis cazadores eran inconfundibles con los pacíficos otomíes, y todos ellos odiándose o desconociéndose habitaban casi incomunicados las tierras de lo que después se llamó la Nueva España, imponiendo a éstos seres humanos diferentes, una acción conquistadora igual en todos sus dominios produciendo resultados lamentables en cada caso.

Y porque desde un principio el mexicano tuvo necesidad de esperar todo de la iniciativa y dirección de los vencedores, parece haber renunciado a la utilización de su cerebro y tomar a pecho sus problemas propios, y continúa confiando su porvenir y su grandeza a la acción de los gobiernos que no pueden ni es su función hacerlo todo, y ansiando la aparición de directores providenciales sobre naturales,

que piensen por él, que mediten y trabajen por él y por la obra religiosa que aprisionó su alma é hizo de su ser la individualidad excesivamente contemplativa, creyente hasta la fatalidad, que hay en cada mexicano. ¡Un místico!, sí, porque en cada mexicano hay un místico, profundamente místico, esencialmente místico! Y a tal grado que ese mismo mexicano que vocifera y protesta contra todos los misticismos, no está haciendo más que combatir al misticismo invívito que en el alma lleva, es que quiere matar al místico que le palpita en el propio pecho. Y porque el mexicano es místico empedernido é irredento cree en el misticismo del milagro, cree en el misticismo de la suerte, en el misticismo de la casualidad, en el misticismo del gobierno y espera todo del Dios y del acaso, no trabaja, no emprende, no prevee, ni prepara, ni obra; está eternamente entregado al misticismo de un destino que desconoce y no vive una vida externa de comunicación y alegría, sino una concentración que lo hace comunicativo, inexpresivo, infecundo en pensamiento y obra. Mas como el misticismo es, esencialmente, sentimentalismo, ha hecho del mexicano un ser puramente sentimental y sentimental en tal manera que no parece sino que sus actividades afectivas han aniquilado sus funciones cerebrales tan resuelta, tan decididamente que el mexicano todo lo ve a través de un prisma sentimental y opaco, sus ideas y comprensiones son generales y vagas, no concreta ni perfila sus imágenes, ni sujeta a números exactos sus cantidades y concepciones, su vida transcurre en medio de un presente que le espanta y un porvenir que le seduce, ama su Patria y utiliza sin necesidad productos extranjeros y nunca ha pensado en proceder a su defensa poniéndola a cubierto de conquistas y vejaciones exteriores; ama a su familia y no se preocupa de asegurarle un porvenir satisfactorio y parece desconocer todas las ventajas del ahorro. (24)

(MEXICANOS)

Réstanos examinar aunque sea rápidamente cada uno de los grupos que constituyen ahora nuestra creciente nacionalidad ya que ella es el objeto y finalidad de nuestro estudio observando que la componen: el fronterizo del Norte, corpulento, sanguíneo, taciturno, incommunicativo, sereno y de buen fondo a quien su esposa manda; el Yucateco pequeñito, cabeza redonda, oprimida entre los hombros, mandíbula inferior recogida con relación a la frente abultada; boca hundida que más parece herida que boca; alma tiernamente artística, dulcemente sensible, incapaz de pelea, pero propensa a matar a su enemigo cuando duerme; el tabasqueño blanco, bien formado pero incomprendible, rara sombra del pasado, conservando todavía especiales características de sus antepasados piratas; el hombre de la Mesa Central, mezcla y conjunto de sangres distintas, europeas y americanas, indolente perezoso, soñador, imprevisor, aunque ingenioso y artista; alma oculta, inmanifestada y sin perfiles precisos, sin contornos definidos, en contradicción con el hijo de tierra caliente que vive en niveles bajos a la orilla de ambos Océanos y es franco, platicador, comunicativo, borrascoso, febril, bailador, alharaquiento, trae el alma en los labios y el corazón en la mano, que ama hasta la obsesión y odia hasta la locura y mata o se deja matar por ser valiente ó por defender la causa de un amigo, agregando a éstos los tipos originales del tarasco reservado, del chamula desconfiado y receloso, del yaqui incomprensible, del otomí silencioso y desaliñado, que todavía sobreviven en estado semisalvaje.

Pero la obra portentosa y admirable, la sabiduría estupenda y prodigiosa del destino se manifiesta cuando notamos que ésta diversidad escandalosa de ejemplares humanos, estos seres ^{disimilares} ~~disímiles~~, éstas naturalezas divergentes, éstas tendencias desorientadas y hasta opuestas, se confunden y asimilan formando una sola alma, un solo conjunto seductor y pintoresco y las anima un único espíritu y las rige una so-

la aspiración, un patriotismo impreciso quizá pero muy hondamente sentido los confunde, los vivifica é inflama, patriotismo que es immaculado é infinito, eterno, y que hace de un conglomerado eterogéneo una sola, indivisible y pujante entidad internacional apta para las empresas más inauditas, colosales y tal vez terribles que, si bien, todavía no se manifiestan en obras, es fuego latente que solo espera el primer soplo para tomar proporciones gigantescas y hasta colosales.

La demostración más ostentosa é irrecusable de que los mexicanos formamos una indivisible personalidad y nacionalidad es patente en todos los actos de nuestra vida pública comenzando en la guerra de Independencia en que, arrebatados por un solo ideal, impelidos por una común esperanza, se agruparon los nuestros al rededor de Hidalgo; empuñaron y sostuvieron en alto su pendón libertario los indios, los mestizos, los criollos y hasta los españoles identificados con nuestra alma y con nuestra causa; combatieron dirigidos por Morelos; consumaron la Independencia con Iturbide y Guerrero; acompañaron a Juárez, abrazaron a Madero y efectuaron el más grande y cruento sacrificio con Carranza. Una raza así formada y que así labora es única, genial, exhuberante, y pródiga porque lleva en sí todo lo mejor de la América virginal, deslumbrante y tórrida en amalgama milagrosa con lo máspreciado que poseía la Europa del siglo XV.

Yo sé que el mexicano, individualmente no tiene fé en sí mismo pero me consta que lo posee en exceso tratándose de los destinos é intereses del conjunto y reconoce instintivamente la grandeza y seguridad de su futuro a tal grado que parece que por ésto no juzga necesario preocuparse por ellos y adivina el papel trascendental que su pueblo está llamado a desempeñar en la civilización y bienestar de los humanos.

Distingue al mexicano una asombrosa intuición, una agudeza de inteligencia, una clarividencia mental, un gusto y sentido artístico y

una prodigiosa imaginación que lo harán, cuando sea bien dirigido, capaz de los inventos más sorprendentes y notables. Somos un pueblo artista y vidente al que solo ha faltado la preparación debida y la oportunidad propicia para su gloriosa é importante manifestación. Pueblo silencioso, incommunicativo, concentrado, porque va constantemente entregado al maravilloso mundo que en sí mismo lleva; pueblo superficial en lo exterior porque desde antaño dedicó su alma a hondas lucubraciones interiores; pueblo encumbrado que solamente desciende a las realidades crudas de la vida para pedir a la existencia una ración pequeña de goce y de felicidad. Su concepción del existir es completamente distinta de la que otros pueblos atesoran, por eso su actuación difiere absolutamente de otras razas; Pueblo de fisonomía propia é inconfundible y de características genuinas y especiales, pueblo casi exclusivamente espiritual a quien preocupa y atrae tanto lo sobrenatural que ha abandonado la existencia terrena y descuidada por completo los recursos de su vida corpórea y la satisfacción de sus necesidades vitales, y que lleva, por lo mismo, una existencia ilógica y antinatural, porque si es cierto que no solo de pan vive el hombre, también es verdad que no se puede vivir exclusivamente de funciones intangibles. Tiene el mexicano una facultad asombrosa de asimilación y aprende todo cuanto se le enseña, solo que bien poco se le ha enseñado: al día siguiente de la huelga de los ferrocarrileros ~~yanquis~~ que antaño manejaban nuestros ferrocarriles, los trenes corrieron en la misma velocidad, exactitud y eficiencia manejados por mexicanos; en todas las minas de la República solamente el capital y muy pocos empleados son extranjeros y el resto de las labores es totalmente hecho por nacionales. Habilidad, inteligencia y hasta cierto don de innata sabiduría significan al mexicano, acompañadas de una sed insaciable de aventura, de novedad, de cambios benéficos ó arriesgados que han hecho de éste hijo de clima tropical, al mejor minero y pescador de

Alaska.

Pues bien, este ser por mil títulos privilegiado, dotado de visísima mentalidad, adornado con las virtudes y los arrestos que hacen grandes a los pueblos; este heredero afortunado de un pasado límpido y glorioso, poseedor de un territorio sin igual en el resto del planeta; esta raza apenas naciente que ya ambiciona comenzar a andar, este pueblo llamado a ser el asombro de los vivientes, éste organismo social que después de prolongada enfermedad revolucionaria ha pasado ya a la convalecencia, tomando las energías necesarias para su subsistencia y marcha, ésta reunión de hombres ávida de grandeza y poderío está en éste instante lista, decidida y preparada para erguirse resuelta en presencia de los humanos, para actuar, para manifestarse, para tomar parte y exponer su idea en la obra civilizadora de los siglos; ésta entidad vívida y potente a quien tocó en suerte sanjar sus dificultades é iniciar la organización científica de su vida en el primer tercio del siglo vigésimo que vivimos, no puede ni debe permanecer por más tiempo desconocida, olvidada, relegada a un abandono inconcebible, apartada del concierto creador de las demás naciones, reducida a una categoría que no es la suya, a un puesto inferior que no acepta; no quiere ni puede permitir por más tiempo que se le siga considerando como pueblo bárbaro, escándalo de la historia contemporánea porque está dispuesta a demostrar la justicia y necesidad de sus convulsiones interiores, a comparar su pasado con el de los pueblos que hoy se llaman a sí mismos civilizados y probar que ellos a nuestra edad, hicieron cosas iguales y aún peores; que todo es cuestión de etapas de civilización que unos ya vivieron y que otros estamos viviendo ó por vivir y que para juzgarnos es preciso antes tener en cuenta la naturaleza de nuestro medio y la juventud que es casi niñez, de nuestra raza, y no olvidar que somos mucho más jóvenes que la Francia revolucionaria de 1789, la Francia que enseñó a la humanidad a ser li-

bre, la Francia que proyectó sobre el mundo su luz excelsa de su sabiduría, la Francia que nos es querida, pero no hemos tenido en nuestra historia la espantosa noche de San Bartolomé ni registran nuestros anales una locura tan grande como el reinado del terror en que la sangre humana corrió abundante por los conductos del drenaje de París. Somos más jóvenes que los Estados Unidos de 1862, no solo por su anterioridad en independencia, sino porque su caso es de simple trasplante de vieja sangre y civilización europea al Nuevo Mundo, y en todos, en todos nuestros combates reunidos, no hemos tenido los muertos de su guerra civil a pesar de que nosotros estamos formando, ~~antes~~ para beneficio humano, un nuevo y genuino tipo de ser humano uniendo el tronco europeo al retoño americano que será producto originario y real de las tierras y selvas americanas; somos más jóvenes que las naciones europeas cultas en alto grado y tenemos mayores libertades e institución^{es} más libres que aquellos países de monarquías hereditarias, ilógicas y retardatarias en donde todavía marchan y participan en la dirección de sus destinos, juntos, la Iglesia y el Estado, y si nuestra revolución duró casi 20 años, la francesa alcanzó hasta 25 y jamás en nuestra existencia hemos demostrado tanta saña, tanta ferocidad, tanta sed de exterminio y muerte como la Europa contemporánea en la última Gran Guerra.

Por eso es ya tiempo de justificar ^{ante} ~~en~~ el mundo nuestra conducta y reivindicar nuestra reputación ^{frente a} ~~ante~~ los humanos y llevar a sus conciencias el conocimiento acertado de nuestra actuación demostrándoles que tenemos derecho inalienable de ocupar un puesto respetable y honroso entre las demás nacionalidades procediendo a organizar nuestra vida interior, emprendiendo actividades científicas industriales y comerciales que son tan indispensables así como la obra de progreso y perfeccionamiento que reclama la grandeza de nuestros destinos.

Y para esa labor gigantesca y trascendental que nuestra existencia

reclama es éste el momento providencial, es el instante sagrado y grandioso de la Patria porque han quedado si no abolidas para siempre cuando menos suspensas por 20 años nuestras frecuentes revoluciones; porque nuestro pueblo está cansado de movimientos trastornadores de la paz y estamos preparándonos ya para gozar de los beneficios incalculables de la tranquilidad orgánica, porque hay una angustia infinita en nuestras almas clamando por épocas mejores, porque se han despertado en nuestro espíritu social aquellas nobilísimas ambiciones de grandeza y bienestar que a los pueblos engrandecen, porque estamos deseosos de construir, de laborar; porque hay en todos los pechos una indómita decisión de proceder a la resolución de nuestros problemas colectivos; porque hay en todas las mentes una idea, y en todos los corazones un entusiasmo febril y desbordante y habilidad en los puños y potencialidad en los músculos para forjar cuanto antes la figura pujante y excelsa de nuestra personalidad interna é internacional.

Ya las pupilas nacionales quieren posarse sobre más vastos é iluminados horizontes; las juventudes agitadas preclaman con imperio, aunque acéfalas y desorientadas, un cauce preciso a sus futuras actividades; las nacientes generaciones exigen con derecho nuevas normas de actividad y vida y una finalidad suprema a que sus actos deban encaminarse. Es que tenemos la fortuna insospechada de asistir al despertamiento estupendo de un coloso a cuyos oídos y cuyo cerebro y corazón llegaron los gritos salvadores de la Vigésima Centuria no repitiendo las palabras de George Elliot "Baja a tierra Oh negro Capitán". Siete años han transcurrido," sino gritando, despierta, tú, nuevo Hércules Americano, hace ya cuatro siglos que fuiste descubierto. Y al tiempo de incorporarse es preciso encenderle una luminaria en su cerebro y una luz en tu horizonte para que se oriente é inicie la marcha triunfal de su futuro trascendente.

Es condición necesaria para nuestra forzosa evolución darnos perfecta cuenta de que el orden social de la república, anterior a la revolución desapareció definitivamente con el movimiento social iniciado en 1910 de la misma manera que para el resto de la humanidad sucumbieron gran parte de los principios fundamentales de justicia, ciencia, religión, moral, con la guerra mundial de 1914 y que una nueva, moderna, más humana vida y más práctica organización se imponen después que la anterior existencia nacional se hundió lastimosa y tristemente para no levantarse jamás como arca santa de la alianza social en el oceano cambiante de la vida; que otra existencia modificada y robusta se impone por sí sola al pensamiento y condiciones del presente, que el procedimiento soñador y vago que nutrió nuestros cerebros antes de la rebelión debe ser sustituido por otro más efectivo, más moderno y por esto más en concordancia con el sentimiento y progreso de nuestro siglo práctico y utilitarista de tal modo que ha llevado sus nuevos sistemas de avalúo hasta los tesoros exclusivamente espirituales y morales, pidiendo a la religión el testimonio y comprobación de sus asertos y no aceptando por virtud aquella que sólo podía conservarse en la obscuridad y aislamiento de los claustros y a cubierto de toques y acechanzas porque quiere verla imponiendo su pureza en medio de la calle, lanzada al torbellino brutal de las pasiones y no acepta ya una ciencia fastuosa y prendada de sí misma, encerrada en la altura de sus concepciones bajo el dosel de las Universidades, sino proyectando luz sobre la vida, aplicando la filosofía a la sociedad viviente, la Física, la Química a la materia para utilizarla; la biología a los seres vivientes para transformarlos y traer los astros y mundos más lejanos, por medio de la astronomía, al alcance y estudio de los humanos y no permite ya que la moral se recluya bajo las naves y cúpulas de los templos sino que sea moral pública e impere en los gobiernos y en los hogares a la luz de todos los soles de la histo-

ria, bajo todos los ojos de los mortales y a través de todos los prismas a que la conciencia humana quiere sujetarla.

Es cierto que el espíritu de nuestros padres, que el ejemplo de nuestros mayores, la sangre común que corre por nuestras venas, el territorio en que vivimos, el futuro de nuestra raza, la cuna de nuestros niños, el calor de nuestros hogares, el altar de nuestros dioses, el vínculo de nuestro origen, la liga de nuestras costumbres, el idioma en que nos comunicamos y nuestros más íntimos ideales han cooperado todos, armoniosa y sabiamente a la formación de una alma colectiva, grande, inmensa, privilegiada, augusta y una nacionalidad vigorosa y ágil designada por el destino para el cumplimiento de importantes é inmortales finalidades; pero ésta gloriosa concreción, éste engendro admirable y portentoso, éste milagro estupendo de la realidad se viene preparando y verificando desde los primeros siglos de nuestra historia ya que la huída del indio a las montañas más apartadas en época de la conquista, para continuar siendo libre y dueño del suelo que pisaba, el anhelo de preponderancia del mestizo sobre el indio y la del criollo sobre el mestizo no eran más que el ansia de dominio que sobre la tierra, elementos y productos quería conservar ó imponer el mexicano, aleteo primero de una raza exhubera que en aquellos instantes se incubaba.

Es de advertirse, para honra nuestra, que ocupamos en América el mismo sitio intelectual y geográfico que Francia ocupa ^{en la} ~~en la~~ Europa Occidental. Allá es Francia la nación latina más Septentrional colocada frente a frente del poder y la influencia inglesa como acá somos nosotros el país de Norte América que constituye la muralla divisoria encargada de contener el desbordamiento del coloso rubio en todos aquellos órdenes que sean perjudiciales a la civilización y a la raza latina de éste Continente.

Somos nosotros aquí, como Francia en el Viejo Mundo, deposita-

rios encargados de velar por la vida y pureza de un tesoro de ultratumba que nuestros antepasados concibieron y formaron durante sus preclaras existencias terrenales y que despiertos, reverendos y celosos vigilan desde el silencioso recinto de sus tumbas y que en el transcurso de los tiempos se han venido aquilatando, depurando, cristalizando y perfeccionando; es un legado precioso que nos entregaron solícitas las generaciones pretéritas en la confianza ciega y consoladora de que sabríamos en todo tiempo sacrificarnos por su conversación, grandeza y brillo.

Desgraciadamente a pesar de esa posición y labor trascendentales que nuestra patria está llamada a desempeñar, México no es, hasta hoy, para el mundo exterior, más que un grupo de hombres parcialmente civilizados, viviendo en un vasto y riquísimo territorio; porque el México civilizado, científico, industrial y comercial, no ha hablado aún, no se ha presentado ni influido en el progreso general ni en los destinos humanos especialmente tratándose de la afirmación de la cultura latina en esta parte del planeta que la visión y el esfuerzo de Crisóforo Colombo hicieron surgir del fondo mismo de los mares.

solo México continúa siendo por su atraso un problema terrible, inaplazable, angustioso, para la evolución humana porque está reteniendo en sus manos un cúmulo de elementos y materias primas y actividades humanas que el resto de las naciones necesita y reclama y reclamará con más imperio y fuerza a medida que más las necesite, y nos quedan dos caminos a seguir: o entregamos a la humanidad las materias primas ó productos elaborados que almacenados é intocados permanecen dentro de nuestras fronteras ó tendremos qué soportar que otras naciones nos los arrebatén apoyados en la necesidad que de ellos tienen para su subsistencia.

Es llegado el momento de declarar ante la respetable faz del mun

do civilizado, y en prevención de futuros deplorables actos y consecuencias, que México tiene un sagrado é indiscutible derecho a la existencia autónoma porque en ella tiene también una magna é interesantísima labor qué ejecutar, labor que el destino le ha confiado porque para ello ha sido de antemano preparado y tiene la capacidad, las facultades y resolución visibles para desarrollarla.

Pero México es y será una nación anormal é infecunda mientras no sea debidamente organizada y viva ciertamente una vida contemporánea, mientras no se sitúe al lado y al nivel de las demás naciones.

Y porque la vida nacional mexicana no ~~es~~ puede de ninguna manera considerarse como satisfactoria mientras continuemos viviendo la triste y estéril vida del siglo décimo tercero, mientras vayamos avanzando torpemente a tan considerable distancia de los pueblos progresistas, una labor enérgica resolutive se impone como medida salvadora é indispensable.

20

S E G U N D A P A R T E .
= = = = =

Como al lecho del paciente se acerca ^{el} especialista y pregunta, toca, oprime y ausculta, para localizar sus males por graves que ellos sean, descubre las partes afectadas, arranca vendas aunque con ellas se levante la horrible costra y la herida se desgarré y sangre, el tumor se presente y la deformidad se manifieste en toda su fealdad y desnudez, para producir un diagnóstico acertado; así también se impone poner al descubierto, frente a la conciencia pública, los síntomas y los hechos que a nuestro organismo nacional aquejan, postran y aniquilan. Es necesario mostrar las úlceras aunque pestilentes y gangrenadas, señalar los miembros afectados, las vísceras descompuestas, los vasos congestionados, para imponer el tratamiento debido. Es cierto que duele el corazón y el ánimo se contrista cuando se trata de sacar a luz las heridas hondas de la Patria, los padecimientos y dolores de nuestra estirpe, pero ello es necesario; callar por más tiempo es sacrilegio y también suicidio. Si hay alguien que nos repuebe o nos condene aceptamos sumisos esa reprobación considerando que el destino así lo quiso por-que habemos seres que contra nuestra voluntad trajimos una labor que desempeñar en la existencia: somos hombres recipientes-exponentes, recibimos sin quererlo, la inspiración social, la amamos, la interpretamos, la simulamos y sentimos después una incontenible necesidad de proyectarla, de arrojarla mejorada sobre las conciencias preparadas; somos como las bombas aspirantes impelentes que atraen el agua, la hacen pasar por su organismo férreo y la lanzan mas elevada sobre los campos sedientes, somos la hoja humilde que se estremece al roce de las brisas nacionales, la cuerda que vibra al sacudimiento de vuestro espíritu, montaña que repite el eco de vuestra voz.

Por eso en estas conferencias no hay nada mío; están compuestas del ensueño que lleváis en vuestros pechos, del pensamiento que per-

dura en vuestros cerebros, del ideal que inunda vuestras almas y de la esperanza que conforta vuestras vidas.

Soy el grito de la raza que reclama desaforada y angustiosa, épocas mejores; soy el llamado que exige una vida mas consciente, mas organizada, más progresista y el establecimiento de bases y principios que a su ventura sostengan y conduzcan; la voz de la patria que no sabe odiar, que no sabe condenar porque las madres nunca odian ni condenan, pero exigen. Por eso a nadie extrañe que mi lenguaje sea a veces hiriente y hasta cruel. Estoy convencido de que es preciso herir, estrujar, sacudir el espíritu público de nuestra patria, poner banderillas de fuego a nuestra raza para que emprenda la feróz embestida a sus problemas. Vuestra es la necesidad, vuestra la inspiración, vuestra la idea pero se impone obligarnos a la acción, fustigaros hasta actuar, poner en movimiento vuestros cerebros y vuestros músculos, lanzar ya el "levántate y anda", surge y labora. Imperativo, ordenador pero respetuoso.

Fuí también, no sé si por fortuna o por desgracia, de aquellos hombres que en tiempos de rebelión llevamos a los mexicanos a la matanza, destruimos propiedad pública y privada, levantamos a hermanos contra hermanos, a hijos contra padres y producimos aquel horrible cataclismo que derrocó a la Dictadura y la Usurpación, que estrujó nuestra sociedad en sus cimientos mas consistentes y penetró al recinto sagrado de las conciencias y produjo, sin quererlo, el descrédito de nuestra patria en el exterior. Estos hechos que tristemente lamentamos pero que fueron inevitables están todavía vivos y presentes en nuestras conciencias reclamándonos la justificación que el presente y el futuro histórico nos impone; y vengo ahora, obedeciendo al dictado imperioso e ineludible de mi conciencia, a deciros que las lágrimas vertidas, que la sangre derramada, que los campos incendiados y todo el sacrificio cruento y grande de nuestra raza, no fueron estériles ni vanos, que la Revolución, que ni entonces ni ahora fué o

es ajena a nuestra patria pues fué obra de la patria misma, comienza ya su obra constructora, aparta conmovida la vista suya del cuadro de ayer trágico y sombrío para volverla a los campos nacionales y trazar sus surcos y explotar sus minas y sus selvas, y coronar su transformación en un porvenir espléndido y glorioso.

Nuestras conciencias y nuestras responsabilidades históricas nos exigen justificar la revolución, explicar las causas que la engendraron, apreciar sus resultados hasta el presente y plantear serenamente, técnicamente, sus problemas para el mañana, señalando las rutas y los cauces en que la vida nacional ha de ^{desenvolverse} ~~revolverse~~ y prosperar. Los revolucionarios de ayer estamos obligados a aceptar las responsabilidades de nuestra actitud pasada é interesarnos vivamente en que la revolución ~~se~~ ^{se} ennoblezca, dignifique y prestigie, en que las generaciones presentes y futuras reciban, a sabiendas, íntegros sus incalculables beneficios. Nos lo reclaman, la justicia perdurable, la conciencia nacional y la humanidad civilizada así como nuestro propio decoro y nuestra futura reputación porque si no lo hacemos apareceremos ante nuestros descendientes como individuos propensos al crimen por naturaleza ó como inspirados por miras bastardas y reprobadas. Con objeto de justificar y prestigiar la revolución debemos dar a la República instituciones más justas, más puras y más estables; una vida debida y progresistamente organizada; y, ante todo y sobre todo, una riqueza y prosperidad, un estado de libertad y bienandanza que hagan contraste visible y palpable con la pobreza, esclavitud y miseria en que se sacrificaban las masas durante la época porfiriana.

Pero como sólo la riqueza y prosperidad nacionales serán a propósito para justificar ampliamente la revolución, éstas conferencias se apartarán EN LO ABSOLUTO, del trillado, tortuoso y funesto camino de la política para ceñirse estricta y definitivamente al punto de vista útil prometedor, seguro y sabio de lo económico.

Ya tenemos descritos aunque a grandes y no del todo precisos
razgos el territorio en que vivimos y al mexicano del pasado y del
presente, pero perfilados lo suficiente para apreciar en gran parte
el modo de ser y probable desenvolvimiento del grupo social mexica-
no que es el objeto de nuestra observación y reflexiones. En nuestra
presencia está el intocado bloque, la materia prima de nuestra empre-
sa, la roca marmórea arrancada a las entrañas de éste nuevo Pentéli-
co de Anahuac en que vamos a cincelar la figura hercúlea el coloso
formidable, del México de mañana que ha de emerger de nuestra idea,
de nuestra mano, de nuestro esfuerzo, del México que no han de conce-
bir cerebros extraños ni forjar extranjeros puños, sino que únicamen-
te puede ser, que solamente puede existir como concepción y como obra
exclusivamente nuestra, incubada en el fondo de nuestras almas, vivi-
ficada en nuestros cerebros, acariciada en nuestros corazones y traí-
da a la realidad, vigorosa y deslumbrante por nuestra capacidad, por
nuestra resolución, precisa, concreta, definitiva, invulnerable, cons-
tante, eterna.

No esperéis que lo modelen y constituyan los extraños, no supon-
gais que otros Cristos providenciales é imprevistos han de venir a
resucitarlo de su tumba centenaria, no creais que ha de surgir robus-
to, poderoso y ágil al soplo débil de ajenos labios, ni levantarse re-
suelto al grito ordenador y profético de apóstoles ó fakires de otras
razas ó de otros pueblos de tendencias y características distintas o
contrarias a las nuestras; no, México solo puede existir, solo será
apto para erguirse, para imponerse, para prosperar al conjuro de nues-
tra voz, por mandato de nuestra voluntad, y obedeciendo al imperativo
é inexcusable de nuestro designio. La obra es nuestra, únicamente
nuestra, exclusivamente nuestra; a nosotros corresponde decir de una
vez para siempre surge y labora, combate, construye, vence, obra y

edifica.

Y precisamente porque es ésta la hora providencial, el momento de la patria en que se impone despertar aunque sea a puntapiés, obligar a que se yerga, se incorpore y ejercite sus músculos éste gigante adormecido que se llama México, el más espléndido y mejor preparado de los pueblos, designado en América para desempeñar un papel importante y trascendental, y a quien se presenta el más brillante y liсонjero de los porvenires, y porque hay que sacudir al coloso que solo padece catalepsia pero que no ha muerto ni morirá jamás porque sus destinos, su obra y su existencia serán eternas. Y porque debemos reconocer que México no vive la vida exuberante y ubérrima que le corresponde como Nación Norte Americana, sino que vejeta una existencia tropical y amodorrada de Centro América, urge traerlo a la grandeza y civilización de nuestro siglo y de nuestro paralelo, demostrar con obras, con producción, con labor científica, industrial y comercial, que cooperamos también en la obra de adelanto y vida de los humanos. Por eso, precisamente por eso, es mi propósito, estrujar, sacudir, estremecer el espíritu de mi raza, producir, provocar su agitación y su desperezamiento, gritarle a todo pulmón y a todo labio que están pasando junto a ella, casi sobre ella los corceles victoriosos de las demás naciones en su precipitada carrera hacia el futuro mientras México permanece atado a la columna estacionaria de su desdicha, a su gran piedra de molino del pasado; lanzar en su oído entumecido el mandato imponente de la época y hacerle saber que ya los hombres civilizados transmiten el sonido directamente al cerebro de los sordos sin ocuparse de la oreja; que ya se producen las vitaminas, que los astrónomos escrutan el espacio a cuarenta millones de años de distancia, que la generación espontánea está por comprobarse, que ya se miden casi exactamente las facultades mentales, que la Física y la Química tienen una nueva idea de la creación, que una admirable labor en el sen-

tido del conocimiento de la materia y de las almas se está llevando a cabo por los cerebros predestinados de otras razas, que los problemas de producción, que los valores todos de moral, de justicia, de libertad, de religión y ciencia están en éste momento sujetos a revisión y que la humanidad viviente y las generaciones por venir y la obra toda de los seres necesitan urgentemente nuestra colaboración porque la especie humana en conjunto y en total ha puesto en juego todos sus cerebros y todas sus facultades y todos sus entusiasmos para la resolución satisfactoria y perenne del caso y México no coadyuva, no propone, no se manifiesta; sus sabios no han hablado el lenguaje iluminante que la época reclama, sus inventores no han aparecido, sus sociólogos parece que no existen, sus pedagogos están ocultos, desconocidos en el importante proceso de avance científico a que la humanidad está entregada.

A los pueblos, como a los hombres, para que puedan obrar les hace siempre falta una revelación, una orientación definitiva y práctica; y fé, una fé infinita, una fé inquebrantable, una fé cualquiera que ella sea, pero fé siempre, fé que mata todos los pesimismos, fé que inyecta y revive todas las esperanzas y produce labor, progreso, conquista, victoria y vida. "Debe hacerse la unidad italiana", gritan Cavour y Garibaldi a los elementos dispersos de su raza y obedeciendo a su voluntad gigante emerge Italia como Venus de las olas, radiante, vivificada, pura; "Deutschland, Deutschland uber alles", Alemania, Alemania sobre todas las naciones prorrumpe el germano a sus conciudadanos y se constituye sobre un terreno miserable la nacionalidad más asombrosa, de la tierra; "todos los mares del planeta deben ser dominados por Bretaña" declara el sajón a sus vecinos y la rubia Albión se convierte en dueña y señora de todos los océanos; "aspiramos a imponer nuestra fuerza y nuestra voluntad sobre todos los pueblos y territorios del Continente Americano", afirma el Yankee del siglo XIX. "Eso no nos basta, no

estamos satisfechos con eso," exclama su congénere del siglo XX, "queremos el predominio económico sobre la humanidad entera y el hecho estupendo se realiza. Las Independencias Americanas todas, sajonas, hispánicas y portuguesas son ejemplos evidentes de la necesidad que los pueblos tienen en sus grandes crisis ó en sus grandes evoluciones de un hombre ó encarnación de ^{su} ideal que eleva a la categoría de sacrosanto; así vimos nacionalidades en gérmen levantarse unánimes al reclamo de Washington, Hidalgo, Bolívar, Sucre y San Martín.

En efecto, nuestra raza necesita fé, fé ciega, fé sublime, fé vivificante y salvadora que venga a llenar el insondable vacío que, por falta de un ideal, lleva en el alma; nuestro pueblo tiene hambre y necesidad de fé, de fé en los hombres que le hablamos, de fé en la labor que le proponemos, de fé en el esfuerzo que le pedimos, de fé en el éxito ^{salvador} que le pronosticamos, fé en su potencialidad y facultades, fé en el porvenir, fé en sí misma, fé sin la cual toda existencia es estéril, improductiva, precaria, inútil, insubstancial y vacua.

Es ya imposible y funesto también continuar viviendo la existencia torpe que hasta hoy hemos llevado. Es preciso proceder a la reunión é identificación de las almas que constituyen nuestro ser colectivo y deben, reunidas, formar el espíritu excelso é inconfundible de nuestra gran nacionalidad, fundir nuestras mentes en una sola ensañación, arrebatarnos hacia una misma finalidad, elevarlas en dirección a un único objetivo enaltecedor, entusiasta, purificador, atrayente y práctico.

Es tiempo de proporcionar a las almas el alimento vivificador del optimismo contra el pesimismo que las ahoga y mata; hacer que el mexicano marche, avance y corra armado de resolución y voluntad a la conquista del territorio que por herencia le pertenece, del suelo que no cava, del campo que no cultiva, de la montaña a que no asciende, del

oceano en que no se hunde; encaminándose a la industria que él no ejerce, a la ciencia que él no absorbe, a la actitud mental que él no ejercita porque ya es hora de que haga explotar con dinamita el vientre de todas sus montañas y cortar los mares con la quilla de sus buques y de apoderarse del nitrógeno de sus aires, del guano de sus cavernas, del limo de sus lagos, del sulfuro de sus cráteres y posea y utilice todo el incalculable tesoro que la naturaleza puso, amante y pródiga, al alcance de su mano.

Necesitamos avanzar a marchas precipitadas, doblar jornadas, tomar paso veloz, correr y alcanzar a las demás naciones a cuya zaga y muy atrás nos hemos colocado; situarnos a su lado, cooperar en la obra civilizadora de nuestro tiempo y desarrollar una existencia esclarecida y útil.

Es ~~un~~ un procedimiento que el momento histórico nos impone de una manera ostensible y hasta inclemente y cruel. A causa de la actividad febril a que en todo orden de esfuerzo la humanidad se haya entregada reclama urgentemente nuestra ayuda personal y nuestra aportación de elementos porque está necesitando, más forzosamente cada día, nuestras maderas, nuestros tintes, nuestros metales, nuestras fibras, nuestras materias todas, elaboradas ó en bruto, como condiciones indispensables para su progreso bienestar y vida.

No eres, oh mexicano, un ser aislado y despreciable, condenado a injusta reclusión en tus fronteras y sujeto a vivir una vida primitiva y atrasada esperando como hasta hoy que otros pueblos construyan para que puedas comprar y poseer; no, tú puedes construir aquí, y por tu mano y para tu verdadera independencia y beneficio, tus locomotoras, tus automóviles, tus aereoplanos, tus acorazados y torpederos, tu marina mercante, tus radios, tus aparatos científicos, tu maquinaria agrícola é industrial.

Todo puedes hacerlo y lo harás tan pronto como pongas manos a la

obra, sí puedes hacerlo porque hay en tí potencia ilimitada é incalculables facultades. Sí, tú eres el mismo cuya raza nahoa, flecha en arco cazó fieras en el Ajusco y ánades en el lago y víboras en el campo, tu eres el mismo cuya raza tarazca supo combatir mano a mano con el jagüar, el puma y el lagarto; que supo reir radiante con el fuego en los pies con tu Cuauhtemoc, tú eres el mismo que hizo llorar a Cortés y saltar a Alvarado, y correr a Calleja, Conde, ³/₄ Samaniegos, a Lamadrid; tú eres el mismo que en tierra de Anahuac, sobre las eminencias poblanas venciste heroico al ejército más bravo y prestigiado de Europa y lo hiciste correr hasta Acultzingo y Córdoba; tú eres el mismo que para sacudir todo intento de opresión europea derrotaste y sacrificaste a Maximiliano de Apsburgo perteneciente a una de la más linajuda casa del Viejo Mundo y abatiste la esclavitud y separaste la Iglesia del Estado antes que un gran número de Naciones, y efectuaste resuelto ~~el~~ movimiento revolucionario de 1910 y 13 que despedazó justiciero el nefasto trono de una dictadura abominable y produjo el desquiciamiento total y catastrófico del engranaje social, en todos los valores, espirituales, morales y materiales, en esfuerzo hercúleo hacia la liberación, hacia el mejoramiento individual y colectivo y señaló otras bases de economía urbana y rural y abrió nuevos y amplios horizontes a la existencia Nacional como bases necesarias para su próxima ~~ventura~~.

Y es ésta la hora solemne y trascendental en que vengo a hablarte. ~~Vengo a hablarte~~, Vengo a tocar imperativo é insinuante a las puertas cerradas de tu ánimo; vengo a hablarte y a llamar tu atención hacia los problemas vitales que tanto te interesan; vengo a llamarte cuando ya la lucha fratricida ha terminado, cuando cesó ya el estruendo mortífero de los cañones y de los fusiles; vengo a hablarte mani-

festándote que las tierras de la República están ya casi satisfactoriamente repartidas y una multitud de nuevos campesinos esperan ansiosos la inspiración salvadora y orientadora de sus esfuerzos; vengo a hablarte cuando un sentimiento de paz, de concordia y armonía empieza a satisfacer y enaltecer nuestros corazones; vengo a hablarte ahora, en el instante precioso para nuestra nacionalidad en que la Ley del Trabajo que ha de normar las relaciones, condiciones y régimen de nuestra vida industrial está para expedirse; vengo a hablarte cuando los ánimos están listos y los músculos preparados para la obra magna de nuestra vida y de nuestra grandeza futuras. Yo vengo a recordarte que hay en tí latente y vivo todo el genio admirable y envidiado que es condición necesaria para hacer grandes a los pueblos, que radica en tí toda la potencialidad oculta que despierta y aplicada será el asombro de los seres del mañana.

Yo vengo a demostrarte que eres el afortunado poseedor del territorio más privilegiado de todos los del planeta y hay en él muchos terrenos sin cultivo, muchas minas sin explotación, muchas materias primas intocadas, muchos recursos abandonados y tú vives en un atraso y en una miseria física y económica que son sencillamente indignas de tu persona y de tu pasado y te reducen a un futuro que no es, que no puede ser el tuyo. Yo vengo a decirte que estás rodeado y tendido sobre un cúmulo de riquezas que no te has tomado la molestia de utilizar y que la culpa es tuya y solamente tuya. Yo vengo a poner frente a tu rostro y a tu pupila, gran parte de lo que otras naciones hacen en beneficio propio para que tú comiences por ~~imitarlas~~ ^{imitarlas} y acabes por superarlas. Yo vengo a invitarte a que seas capaz de presentarte como civilizado y culto frente a las demás naciones, llevando en tus manos el fruto material de tus esfuerzos y en la mente la luz eternal de tu concepción científica. Yo quiero

que te yergas, que no aceptes más el calificativo de atrasado y bárbaro con que en el exterior te critican y señalan.

No basta decir que amamos a nuestra Patria, es necesario proceder a engrandecerla, a defenderla, a emanciparla; no es suficiente decir que queremos la redención de nuestras masas, la elevación de su nivel intelectual y económico, se necesita hacerlo, comenzar por decir clara y terminantemente qué debe hacerse en nuestro concepto, cómo debe principiarse su ejecución. No estriba nuestro caso solamente en predicar la unión de los mexicanos, nos importa crear los lazos que los ligen, las ideas y los intereses que los vinculen.

México debe bastarse a sí mismo, México debe producir lo que necesita. Esto se nos ha repetido hasta la saciedad, hasta el cansancio, pero no hemos señalado los medios conducentes. Consumamos artículos nacionales, se nos aconseja, pero porqué el mexicano consume la producción extranjera y porqué ha de dejar de hacerlo?

¿Consumimos lo extraño por defecto psicológico? ¿Por ceguera mental? ¿Por falta de patriotismo? ¿Es éste un caso de alma, de mentalidad, de economía ó de industria?

Palabras, simplemente, palabras; deseos, bellos, interesantes deseos, pero deseos solamente, ninguna proposición verdaderamente salvadora hemos producido, ningún esfuerzo práctico después de la repartición de tierras de que hablaré más tarde. La mentalidad mexicana sigue siendo teórica, horriblemente teórica.

Debemos redimir al indio, el porvenir de México está en la civilización de sus indios, han exclamado nuestros conciudadanos, pero no hemos mostrado, científicamente apreciadas las facultades mentales y productivas del indio.

El obrero, he ahí nuestro problema, las conquistas del proletariado deben sostenerse en firme y en alto, y esto es justo, conveniente, progresista, económico y consolador, esto, que ha comenzado a ha-

cerse, debe continuarse porque un país de parias será siempre atrasado, pequeño, bárbaro, inhumano y estéril. Sí es verdad; pero no se nos ha dicho cómo hacer para el ansiado y justo mejoramiento obrero, en cuanto a los salarios elevados, perjudiquen menos, ó nada, ó mejoren la vida de la industria que es en nuestro tiempo la vida nacional. Amamos mucho al proletariado de nuestros campos y por él hemos realizado una gran obra, pero le permitimos continuar alimentándose solamente de maíz y chile sin aproximarle otros elementos nutritivos que mejoren su ser y que él mismo debiera producir.

Estos y otros problemas intentó poner desnudos a la consideración de la República y proponer los medios que en mi opinión sean prácticamente resolutivos.

Como Nación tenemos en nuestra vida político-económica una mezcla de democracia y socialismo que no hemos siquiera deslindado; pero hay algo más trascendental, más serio, más vital y esto es la decisión total concreta, indispensable, manifestadora real de nuestra voluntad en el sentido de qué resolvemos para nuestra existencia futura ya que nos declaramos en favor del proletariado y por él golpeamos al capitalismo pero no hemos dicho con palabras u obras si éste sistema capitalista va a vivir, va ó no a subsistir entre nosotros y porqué ha de sobrevivir o por cual sistema salvador nos decidimos, ó lo substituiremos.

Y porqué los asuntos que voy a tratar en éstas conferencias te interesan sobre manera porque ellas ~~versan~~ tratan de tu vida presente que es mísera y mezquina y se ocupan de tu futuro que ha de ser fúlgido y grandioso, te pido por ahora únicamente que me escuches, que vengas y que invites a tus amigos, a tus parientes, a tus vecinos, que traigas a tus hijos ^{muchos} ~~que~~ más de alguna enseñanza ha de serles útil y más de alguna observación ~~debe serles~~ provechosa.

Esta ha sido nuestra grande falta, nuestra grande falta nacional;

nunca hemos querido los mexicanos reunirnos, congregarnos para meditar juntos, para comunicarnos, para estudiar y resolver nuestros propios problemas.

Hemos oído con frecuencia a conferencistas europeos que nos han venido a externar sus propios puntos de vista en todo orden de ideas, escuchamos ya a Waldo Franck que hizo en nuestra presencia una crítica terrible y acre del pueblo de su patria, cosas que son buenas porque significan el esparcimiento de la cultura, pero no ha surgido entre nosotros el ciudadano mentalmente capacitado para efectuar el estudio fundamental de nuestro caso y con valor suficiente para afrontar los golpes de la crítica y los sarrazos de la diatriba a cambio de hacer bien a nuestra patria.

Por eso, porque reconozco que es éste el momento inesperado y preciso, el instante de la sublime gestación, la hora del excelso alumbramiento, salto yo sobre la arena nacional sin pretensiones ni fatuidades, trayendo en mi alforja datos preciosos y reflexiones serias creyéndome consciente de la necesidad de la obra, pidiendo a mis conciudadanos que me escuchen y a la prensa nacional que tenga a bien cumplir su importante cometido ocupándose no precisamente de mí sino de éstos problemas que a la existencia de nuestra nacionalidad afectan.

Pobre, mezquina y sin importancia ha sido esta conferencia mía porque ella solo tuvo por objeto ~~preparar~~ los ánimos, convocar las almas, congregar espíritus, preparar a la iniciación para que las subsecuentes traigan a la vista pública los problemas que significan nuestra vida de nación civilizada e independiente. En las siguientes entraré en materia, os hablaré de lo que mucho os interesa e importa sobre manera a vosotros, a vuestros hijos y a vuestros descendientes, a la patria a la civilización, a la América

Estas conferencias tienen, pues, por objeto cooperar sin reservas y sin temores al surgimiento conjunto de nuestra raza, erguirla, levantarla en alto tomándola de la cabellera aun cuando ésta esté formada de serpientes como la de Medusa.

Si no puedo ordenarle como Bismark a Germania, como Garibaldi a la Italia desarticulada, ni hacerla marchar como Mutschito a los nipones o como Lenin a los rusos o Pashá a los turcos; permitidme siquiera gritarle, gritarle con grito desaforado y estridente, herirla sin piedad, golpearla sin miramientos, fustigarla con crueldad hasta que despierte y obre, vocifere o llore, Dejadme pregonar a voz en cuello sus grandes defectos en ~~el~~ nombre mismo, de sus grandes también y acendradas virtudes.

Es necesario que estalle el seno de la nube para que la chispa eléctrica ~~la~~ ilumine, se necesita herir la tierra con el zurco para que se convierta en madre, es preciso que la semilla reviente para que nazca el árbol, como es también imprescindible levantar la voz, la súplica o la orden, y mis conferencias son eso: unas veces la súplica ferviente, encarecida y atenta, del que ama y compadece a los hijos macilentos de la raza y sufre en silencio sus desventuras y lleva en el alma el amargor penetrante de sus dolores, y la cicatriz de sus heridas y la cruz de todos sus martirios; son también la imprecación contundente y terrible que brota del fondo de mi conciencia con timbre de superioridad y con acento de mandato; son órdenes ^{si} ~~que~~ como órdenes quieren recibirse; son solicitud enternecida e insinuante si a la petición es preciso recurrir. Lo interesante en ellas está en que tengan la fuerza para producir la acción.

PROBLEMAS NACIONALES.

EL MEXICANO COMO FACTOR Y COMO OBJETO DE CIVILIZACION.

=====

CONFERENCIA SUSTENTADA POR EL C. ^{Junio} INGENIERO JUAN DE
DÍOS AVELLANEDA EL DÍA 20 DEL MES DE MAYO DE 1931 EN EL TEATRO
HIDALGO DE LA CIUDAD DE MEXICO.

E D U C A C I O N.

PRIMERA PARTE.

Hablamos ya de las aptitudes congénitas del mexicano y nos corresponde investigar el uso que de ellas haya hecho ya que para grandeza y beneficio suyo se las otorgó naturaleza, teniendo en cuenta que la actividad humana no es más que aplicación de facultades al medio que nos rodea.

¿Ha utilizado el mexicano aquellas facultades? ¿Las ha mejorado? ¿Las conoce siquiera? Estas preguntas deben ser contestadas sincera y categóricamente si queremos en verdad llevar a la conciencia nacional toda la realidad é importancia de su caso y proyectar suficiente luz en nuestros problemas.

Contestamos resultantemente la primera afirmando que el mexicano NO HA HECHO USO DE SUS FACULTADES y no ha hecho ni pudo hacer uso de ellas porque nadie le ha enseñado a utilizarlas y alguien ó algo es responsable de tamaña omisión y ésta es la Escuela, la Escuela, fundamentalmente la Escuela.

A ella debemos recurrir para esclarecer muchos puntos de nuestra complicada existencia y apreciar mejor lo que es y lo que debiera ser el mexicano. ¿Qué hicisteis de mí? pregunta el cadaver de la

protagonista danunciana, al que en vida fué su esposo. ¿Qué hicisteis de mí, tiene derecho de preguntar el mexicano a su Escuela; pequeño ó grande, ignorante ó sabio, bueno ó malo, traidor ó leal, moral ó protervo, feliz ó desdichado, virtuoso ó corrompido, obra tuya soy, de tí arranca todo cuanto tengo, todo cuanto valgo, todo cuanto poseo interior y exteriormente, porque solo puedo ser lo que de mí has hecho; obra tuya soy ^{Tuyos} y deben ser mi progreso ó mi detención, mi grandeza ó mi insignificancia, todo lo que me enaltece así como lo que me denigra, lo que me distingue y también lo que me confunde.

Fuí la masa plástica que la humanidad y la civilización pusieron en tus manos para la creación excelsa; fuiste ayer el genio y puño que debió forjar todo mi éxito satisfactorio del presente y preparar mi maravillosa existencia del mañana y me levanto ahora a tomarte cuenta de tus actos, a hacer un justo aunque somero balance de tu actuación porque de ella surjo yo, porque en ella están invívitos mi ser y mi futuro, mi ser como individuo y mi futuro como raza y como humanidad.

Llegué a tí cuando apenas abandonaba el regazo maternal y cuando iniciaba en mi cerebro su nacimiento milagroso la aurora de la razón y de la inteligencia; fuí entregado a tí cuando era párvulo, inocente y bueno, cuando estaba naturalmente preparado para toda inspiración y todo esfuerzo, dispuesto a toda transformación y modelado; obra tuya son mis vicios y mis virtudes, y mi pequeñez y mi grandeza, mi espíritu y mi físico. Por eso hoy que quiero darme cuenta de lo que soy y de lo que poseo, antes de comenzar a actuar, es a tí a quien debo interrogar. Es verdad. La Escuela lo es todo, lo ha sido todo, lo será todo. Somos todos consecuencia natural de la labor pedagógica que en nuestras almas realizaron los antepasados.

Mirad al rededor, las grandes naciones son hoy grandes porque antes lo fueron sus Escuelas. No encontrareis naciones sabias con Escuelas atrasadas, ni escuelas dignas de su nombre entre los pueblos bárbaros.

Por eso yo, antes de hundirme en los arduos y trascendentales problemas que a nuestra nacionalidad importan, porque la afectan, he tenido necesidad de detenerme en la Escuela. Porque para estudiar aquello se necesita conocer no sólo al hombre en bruto, tal como la naturaleza lo formó, y estudiar al territorio en que vive y se desenvuelve, sino también la modificación realizada en su persona por la obra educativa de su siglo.

¿Qué es y qué ha sido la Escuela entre nosotros? Una señora ignorante, necia y por añadidura extraviada, que quiso, en medio de su trastorno mental, vestirse de dama modernista. Es una sirvienta incivilizada que tomó posesión de los planteles y no ha sabido qué enseñar ni comprender para lo que sirven. Ella como la mujer de Lot ha quedado inmóvil, petrificada con el rostro de pupila incierta, vuelto estultamente hacia el pasado nebuloso y torpe mientras la humanidad labora, construye, investiga, descubre, conquista y avanza llevando en alto la encendida antorcha milenaria proyectando su luz sobre el átomo y el astro, sobre el hombre y el metal en aspiración incontenible y bella que hacia el mejoramiento y la sabiduría la impelen.

Las industrias colosales que han enriquecido y engrandecido a las Naciones prósperas, que han fabricado toda la maquinaria que utiliza el mundo y construido las grandes embarcaciones que transportan sobre las olas viajeros y mercancías, que han hecho posible la explotación económica de las minas, el cultivo intensivo y extensivo de los campos, que significan abundancia y bienestar para la viviente

especie humana, jamás hubieran existido sin la cooperación de la Escuela porque en la Escuela tienen su origen no solo porque la Escuela, con la enseñanza de las primeras letras es la fuente inicial de todo conocimiento, sino porque la Escuela es en éste caso autora directa de su existencia.

Ahora bien, ¿Qué ha hecho la Escuela para producir tantas y tan asombrosas maravillas? ¿qué enseñan las Instituciones Docentes en aquellos países para lograr tan fantásticos y asombrosos resultados en riqueza y en hombres altamente capacitados? Enseñan todo aquello cuyo conocimiento reclamen las necesidades vitales y espirituales de la especie humana en el momento histórico en que actúan con miras hacia un porvenir de antemano previsto y calculado. Son, por lo tanto, centros esclarecidos y exhuberantes donde el conocimiento nace, la ciencia se desarrolla, robustece y difunde de acuerdo con los datos proporcionados por el ayer impreparado y las experiencias del presente.

Y llegamos en éste instante a lo más antinatural é ilógico de la actividad instructiva y educativa de nuestra patria, a la contradicción ostentosa y fatal existente entre lo que la humanidad enseña, prepara y conquista, y lo que nosotros hacemos y enseñamos. Y cuando a éste punto arribamos, es necesario gritar con grito desaforado, protestador y quejumbroso afirmando ante las mentalidades y ante las conciencias de la República que aquí y solo aquí radica nuestro mal, la causa y explicación de nuestro atraso, el origen, la médula y riñón de nuestro padecimiento, proclamar a voz en cuello y con toda la fuerza del pulmón y el ánimo, para que escuche con seguridad el mexicano en general y al pedagogo en particular, afirmando que vivimos otra época seductora y grandiosa, que existimos en su siglo en que el maquinismo se ha impuesto y llegado a su más elevada, a su más refinada

extensa y excelsa manifestación; que estamos en la era privilegiada de la electricidad que es la vida misma de los mortales considerada no sólo como energía cósmica sino también como aliada de la medicina en sus diversas aplicaciones, como despertadora de adormecidas células y glándulas, transformadora de tejidos y elementos. Ella está en la visión de nuestros huesos y de algunos de nuestros males, con los rayos equis; es calor y luz en nuestros hogares, es seguro y económico medio de transporte, enciende y mueve millones de millones de motores de gasolina en todos los pueblos y todas las latitudes recorriendo y vivificando de ésta manera los desiertos cálidos del África desconocida y las planicies escuetas del Asia misteriosa y atrayente y es la médula misma de las comunicaciones inalámbricas trasladando la idea, la imagen, el sonido y el pensamiento, taladrando el eter por medio de los corceles invisibles de las ondas Hertzianas, enmedio del estruendoso torbellino de los átomos, sacudiendo materias, inteligencias y espíritus así en las alturas siderales como atravesando la tierra del uno al otro de sus lados a una velocidad tan asombrosa y estupefaciente que es capaz de dar siete vueltas al planeta tierra durante el pequeño lapso de un segundo.

Y ésto, mexicanos, que es y hace la electricidad, no se enseña entre nosotros. La humanidad labora, golpea y forja metales descubre fuerzas y aprecia propiedades, mide energías y estima conductibilidades en el recinto sagrado de sus aulas modernizadas, mientras nosotros no hemos sido capaces de estimarla en todo su valer y proporcionarle la amplia dedicación que su importancia exige.

Y porque no sabemos fabricar aparatos de Radio, de telégrafo, de electricidad en general ni maquinaria de ninguna especie, ni hemos aprendido a manipular los metales ni lo que produce y contiene naturalmente nuestra Patria, somos un pueblo esclavo, dependiente de otros

simple colonia, en lo industrial, de otras pujantes nacionalidades a causa de nuestra incapacidad, hija de nuestra impreparación para fabricar lo que tanto necesitamos.

Y toda esa falta y toda esa execrable culpa y responsabilidad radican en la Escuela, y solamente en la Escuela.

Desgraciadamente el pueblo mexicano y las demás naciones ibero americanas han creído, para su desventura, que se va a los planteles educativos a aprender teorías, teorías y solamente teorías que muchas veces están alejadas u opuestas a las realidades científicas y prácticas de la vida. Es tan extraña, tan torpe la idea que tienen de la Escuela los pueblos de civilización latina en el mundo de Colón que el campesino ignorante y atrasado no puede creer que el maestro de Escuela sea el indicado para enseñar a su hijo el cultivo de la tierra; él cree que la Agricultura se reduce al escaso é incompleto número de sus conocimientos conservadores que pertenecen todavía a la época de los Faraones y tuvieron su auge hace 3.000 años en las tierras feraces y renovadas que el Nilo riega en su descenso de la Nubia.

Pero éste equivocado entendimiento de lo que debe ser la enseñanza pública no es propio únicamente del rústico y alejado campesino sino que se extiende prácticamente a los individuos letrados y semi-letrados hasta abarcar el conjunto de la población y constituir la idea nacional de la instrucción. En efecto, tratándose de la enseñanza universitaria éstos pueblos no son capaces de concebir, de imaginar siquiera que en las Universidades de los pueblos sajones y teutónicos de éste y del otro lado del Atlántico se enseña desde a hacer un tornillo, una rueda, una locomotora, a fundir y temprar metales, a secar maderas, a tratar las fibras así como la transformación artificial de los productos del suelo y del sub-suelo, que en

sus observatorios astronómicos se escruta el espacio a cuarenta millones de años de distancia, es decir, que se explora el infinito a una distancia tal que un rayo de luz partiendo de la tierra emplearía cuarenta millones de años en llegar trasladándose a la vertiginosa velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo; que en sus laboratorios de experimentación é investigaciones científicas se manipula el electrón que es parte integrante de los átomos, y se estudia conscientemente las células y las bacterias, se fotografía el sonido, se analiza el espectro astral, se aíslan determinados rayos de luz, se ve con instrumentos lo que el ojo humano no será capaz de ver, se registran sonidos que el oído no alcanza a percibir, de la misma manera que se aprecian para entregar su conocimiento al público, la resistencia de nuevos materiales, las propiedades del radium, la densidad y licuación de los gases, la potencia de otros combustibles, la fuerza de modernos explosivos, proporcionando a los hombres descubrimientos nunca imaginados, sustancias insospechadas, fuerzas hasta hoy extrañas en un esfuerzo gigantesco y genial, propio de una humanidad altamente civilizada, con el propósito de producir adelanto, vida, riqueza, bienestar para las presentes y futuras generaciones, una nueva concepción de la existencia y otros horizontes al saber, así como novísimas armas a la Industria.

A éste movimiento civilizador y deslumbrante debe Alemania los millones de millones de marcos que le producen sus anilinas y sus industrias metalúrgicas, Estados Unidos toda su asombrosa vitalidad y pujanza y las naciones todas una era de grandeza y de preponderancia que es honra y distinción de nuestro siglo mientras nosotros nos ocupamos en producir teorizantes, sólo teorizantes, pobres y lastimeros teorizantes que salen de las aulas llamándose a sí mismos sabios y para nada han contribuido al engrandecimiento humano ni viene nadie

de otros países a consultar sus raquíuticos, librescos y retardatarios conocimientos.

Toda una efervescencia común se advierte y constata en la humanidad civilizada del presente en loco afán de buscar nuevos medios y formas de existencia, nuevos derroteros a la fantasía y a la acción humanas teniendo por fija y primordial finalidad la producción de mayores elementos de sustento para los mortales, mientras nosotros consideramos aquí un desacato, una verdadera herejía pensar que un sabio universitario se dedicara a criar gallinas, a mejorar y aumentar su producción, a aplicar la electricidad a la gallina, y a su industria; a cuidar vacas y fomentar su rendimiento a pesar de que por ésta ridícula y petulante afirmación importamos millones de pesos de huevos de gallina y otros tantos de leche y sus derivados precisamente de Estados Unidos, de aquella nación que ha comprendido que la Escuela debe enseñar todo lo que es necesario para el progreso y sustento de los humanos; de allá donde los hombres de ciencia analizan hasta el chayote mexicano, le encuentran grandes propiedades alimenticias y lo introducen en el conjunto abundante ya de sus verduras nacionales para alimentación de su pueblo y producen el melón inmune a las plagas que lo destruyen de la misma manera que burlan la muerte con sus admirables adelantos médicos, convierten al hombre en conductor eléctrico para transmitir a su cerebro las imágenes y los sonidos sin necesidad de los sentidos, construyen los aereoplanos que pasan serenos sobre ambos Polos de la tierra y perforan buscando petróleo las márgenes y el lecho del tormentoso mar de Tiberiades.

Equivocada, extraviada, torpe y necia ha sido, pues, la obra instructiva y educadora de nuestra raza en todos sus siglos de existencia y por eso ha sido pobre, estéril y pequeña y tan pobre tan esté-

ril y tan pequeña que no ha producido ni un solo sabio de fama y respetabilidad internacionales, ni un pedagogo ya no de la talla de Pestalozzi ó Ferrer Guardia ó Decroly, pero ni siquiera como Domingo Sarmiento de la República Argentina.

¿Dónde, dónde están nuestros Copérnicos y nuestros Galileos; donde nuestro Laplace, dónde nuestro Newton, descubriendo la gravedad universal así como la inercia; donde nuestro Fulton inventando el buque de vapor y atravesando el Atlántico con su pequeño Clermont genitor de toda la gran marina del siglo XIX, dónde está nuestro Stephenson con su pujante locomotora, dónde nuestro Morse con el telégrafo, donde nuestro Bell con el teléfono, dónde nuestro Mac ^Kormick con su segadora, dónde nuestro Volta con su medida eléctrica, dónde nuestro Marconi con la telegrafía inalámbrica, dónde nuestro Edison con su lámpara; donde nuestro Wrigth con su aereoplano, donde nuestro Cépelin con su dirigible, dónde, en fin, nuestro Pasteur, nuestro Nobel ó nuestro Gladstone.

Es que esos grandes hombres que a la humanidad beneficiaron a pesar de la grandeza de su genio y de las sobresalientes facultades heredadas son hijos legítimos de la Escuela. Ellos también aprendieron las primeras letras sentados en las bancas escolares é iniciaron su altísima cultura de la misma manera que nosotros con la diferencia *de* que su escuela supo prepararlos de mejor manera que la nuestra.

Buques perdidos ó en peligro, víctimas de la tempestad en medio de la inmensidad movible de los mares, llevando en su seno infinidad de vidas humanas piden socorro y se salvan por medio de la telegrafía inalámbrica; los aereoplanos y dirigibles cabalgando las alas mismas de la tempestad, sobre el dorso blanco de las nubes, presas de las tormentas eléctricas y eólicas, luchando con los elementos terrible-

mente desencadenados, abandonados a su suerte en el vientre impalpable del espacio, se comunican con la estaciones terrestres por conducto del radio, escapando a la muerte juventudes y seres útiles y preciados. Por éste mismo procedimiento los hombres se comunican, las transacciones comerciales se aceleran, los países hacen propaganda de sus productos, las naciones a sus causas morales ó jurídicas, la ciencia se propaga y se establece, un lazo firme, un contacto fraternal entre los humanos.

Mediante éste procedimiento estupendo de progreso que domina a la naturaleza, enfrena los elementos, utiliza y aprovecha las substancias agitadas, se realiza el milagro deslumbrador de la conquista de los aires; la humanidad abandona por vez primera la costra terráquea, se convierte de crisálida en volátil, navega los vientos, acorta las distancias, los pueblos se estrechan, los espíritus se identifican, las almas se comprenden, el hombre se agiganta, el planeta se empequeñece, los humanos se aproximan a los dioses, convirtiéndose en genios, y otro género humano, más bueno, más espiritual, más culto se prepara en nuestro medio.

Inmediatamente los países civilizados convierten en oficial y obligatoria la enseñanza del radio aún desde las primeras letras; se abren cursos, escuelas, institutos dedicados a éste género de instrucción, comprendiendo que el ciudadano que aprende a hacer una cosa siente el deseo de construirla y así dan vida a la industria del mañana en los pueblos inteligentes, mientras nosotros permanecemos en suspenso tratándose de ésta actividad docente, y comenzamos a importar grandes cantidades de aparatos de radio.

Porqué no tenemos en México una sola escuela que real y efectivamente enseñe la telegrafía inalámbrica en toda su extensión y realidad, comenzando con sus leyes y acabando con la manufactura de sus

aparatos y porque carecemos de éstas y otras mil y mil Escuelas, cuyo objeto y trascendencia ni siquiera sospechamos, no producimos barcos grandes y modernos, ni locomotoras, ni automóviles, ni aereoplanos, que no se deshagan en el aire, ni medios generales de transporte, ni motores, ni dínamos, ni telégrafos ni maquinaria agrícola eléctrica é industrial y estamos todavía en lo económico luchando entre el feudalismo opresor y el individualismo social, es decir, que vivimos el siglo X de la civilización accidental, reconociendo que si nada en realidad producimos, es porque la Escuela, porque la Escuela nada nos ha enseñado a hacer y tenemos derecho a afirmar que nuestra Escuela no ha llenado aún su cometido, que importa una radical, una completa y trascendental transformación, poniéndola a la altura de la época, haciéndola que despierte a la vida instructiva y educativa de la vigésima centuria.

Ya es tiempo de darnos cuenta de que la existencia actual es lucha intensa y enconada en la política, en la Industria, en el Comercio, en la conquista de elementos y de territorios nuevos; pugna despiadada entre los hombres y los pueblos, entre las escuelas y las doctrinas, entre el pasado y el porvenir, entre las fuerzas naturales y conservadoras y las otras que pretenden desbocarse. Por eso los centros escolares deben ser semilleros de vencedores, incubadoras gigantes de atletas del pensamiento y de la idea, así como del músculo y de la actividad manual.

Las Universidades actuales son escuelas potentes y admirables que forman falanges de vencedores, unidades de indómitos aguiluchos que videntes invaden los espacios y los campos de toda actividad; unas notables de modernos aventureros que salen de las aulas armados de conocimientos, preparados física y mentalmente y resueltos a arrebatarse a la ciencia sus secretos, a la tierra sus tesoros, a la existencia sus ventajas, a la vida sus goces, sus satisfacciones, y sus

elementos, a someter desconocidas areas y llevar su obra, su poderío y civilización a los confines más remotos de la tierra, a plantar su lábaro en los hielos polares árticos y antárticos, en los desiertos de Gobi y de Sahara, en el nacimiento del Amazonas y en el África ecuatorial y terrible, elevarse a alturas inconcebibles en velocidades fantásticas y descender al fondo mismo de los mares.

Cuando de mares se trata, recordamos que nos hace mucha falta una Escuela de Construcciones Navales. ~~De~~ todo esto que la humanidad ejecuta y para lo que nosotros no estamos ni remotamente preparados, debemos culpar a la Escuela, sí, a la Escuela y solamente a la Escuela; no a éste ó a aquel maestro, no a éste ó a aquel Gobierno, no a éste ó a aquella época, sino a todas las épocas y a todos y a cada uno de los mexicanos, porque la Escuela es función social y todos, todos los mexicanos la hemos abandonado, porque todos nosotros no hemos sabido orientarla, organizarla y exigirle los frutos anhelados, porque no hemos podido darnos cuenta cabal de aquello para lo que la Escuela sirve y deberá servir; porque el Agricultor, el Industrial, el comerciante y todos los hijos de la Patria, no la hemos llamado para pedirle luces en nuestra actividad, datos para nuestra labor, instrucción para nuestro adelanto y la Escuela ha vivido creyendo que la Nación necesita una educación, una instrucción libresco, empírica, teórica y vana a tal grado que si nuestros jóvenes cursan solamente hasta terminar la instrucción que ha dado en llamarse preparatoria, a pesar de su estudio en años anteriores, del esfuerzo de sus padres y del tiempo dedicado al aprendizaje, están todavía total y completamente incapacitados para ganarse la vida y solo nos hablan necesidades.

No hace mucho tiempo revisaba yo los textos escolares que habían

76

de nutrir la enseñanza pública buscando en ellos con hambre, con locura, con ansiedad de sediento, un programa aunque incompleto, una tendencia bien dirigida, una orientación semi-consciente encaminada a la formación del carácter en el ánimo de nuestra niñez para la creación de virtudes prácticas en la raza como punto capital por ser la falta de carácter el defecto grande, la falla enorme y desastrosa que profundamente padece el mexicano; por ser ésta la lacra ostentosa, la úlcera deforme en nuestra vida, la tara horrible que nos hunde como la piedra que atan a los cadáveres que sepultan en el océano.

No puedo creer, grité en mi soledad; no quiero creer que los grandes pedagogos de mi Patria que las lumbreras educativas de mi raza, que los océanos de sabiduría, que los psicólogos de la República vivientes y desaparecidos, viejos y jóvenes, revolucionarios y conservadores, católicos y eismáticos, ignoren que la falta de carácter es lo más grave, lo más trágico que llevamos en el alma y que en su deber primordial y máximo consiste en combatirlo porque ahí radica completo y visible el porqué del fracaso nacional y está la explicación de nuestro conservatismo inveterado recordando que el mexicano nada extraordinario emprende y si algo emprende no lo continúa ni lo concluye, porque carece de perseverancia, porque desconoce la constancia y por su falta de carácter no tiene fé en el ahorro, no tiene fé en el esfuerzo honrado, no tiene fé en sí mismo, y por falta de ese carácter y porque el camino de la perseverancia, de la laboriosidad y de la virtud si bien más seguros y más honrosos y más dignificantes son también más tardados, él escoge el rápido, el vergonzoso y degradante camino de la intriga, de la falsedad, de la hipocresía, arrastra su alma ante los poderosos, y cuando ocupa un puesto de importancia es ya un harapo, una mísera y despreciable piltrafa humana en que ha muerto toda dignidad y pundonor dando por amarga y triste

conclusión éste hecho, el establecimiento público de un sistema el más desastroso que una nación puede abrigar en su seno, por que ante él cae decapitada y muerta toda aspiración honrosa y sucumbe todo esfuerzo dignificante.

¿Para qué he de esforzarme yo por ser una autoridad en mi profesión, si en nuestro medio no triunfan sino los advenedizos, los audaces é impreparados? dicen a sí mismos, el estudiante y el profesionalista consumado. ¿Qué objeto tiene ser industrial ó comerciante ó empleado público laborioso, honrado, consciente, equitativo, justo si al rededor nuestro predominan y se imponen el fraude, el engaño, el peculado ó el cohecho? Una Nación así tiene forzosa necesidad de reformarse porque está en peligro de perecer. Reconociendo que éste caos es espantoso, que éste desastre escandaloso y desconcertante ha sido engendrado y robustecido por nuestra falta de carácter, seguramente creereis que grandes lecciones de energía asiduidad y moral pública encontré en aquellos textos. Si eso creéis estais tan equivocados como yo estuve.

¿Sabeis qué encontré en aquellos libros? Fábulas bellísimas, profundamente sentimentales, cuentos de ángeles y de hadas milagrosas, ilustraciones de diablos y de duendes, es decir, todo el material de sobra suficiente para hacer al mexicano más místico, más soñador, más sentimental y menos práctico. No se trataba de un hombre que a fuerza de trabajo y de constancia hubiese adquirido algo muy grande, sino de un niño a quien su hada protectora colmaba de riquezas mientras él dormía, cosa que sir-ve a maravilla para aplaudir, para aprobar, para excusar y fomentar la grande la vasta y colosal pereza mexicana; el vicio nacional de nuestra raza, esperando que lo sobre natural trabaje para que ella continúe en la holganza, De manera que aquellos libros de instrucción, servían únicamente para aumentar su vicio, para agra-

var su mal para matar cualquier germen de iniciativa innata que tuviera el niño en su ser interno, constituyendo el caso desconcertante y horrible de un padre de familia que tuviese un hijo por naturaleza inclinado al alcohol y en vez de apartarlo de él, lo llevara a la bodega y le dijese ahí tienes toneles de alcohol para tu saciedad, para tu degeneración, para tu suicidio; bebe hasta el delirio es el alimento que te proporcione creyendo que con eso llegarás a ser muy grande.

Con razón el mexicano sigue siendo místico, soñador, sentimental y nada práctico; continúa esperándolo todo de Dios, de la suerte, de la lotería y, principalmente del Gobierno, queriendo que el Gobierno lo haga todo: pensar por él, preveer por él, trabajar por él, mejorar su situación mientras ~~él~~ él solo debe quejarse de la crisis, del gobierno, de la situación, sin hacer nada, ni proponer más medios que aquellos que otros deben poner en práctica sin él molestarse para nada.

Nos ha faltado, pues, toda una importante y basta preparación en los ánimos en lo que a educación respecta y todo un mundo de conocimientos ha sido abandonado en lo que a instrucción concierne.

Ningún derecho tenemos para decir que no podemos redimirnos, que no sabemos colocarnos a la altura de otros pueblos que ocupan en la existencia honrosísimos sitios porque ya vimos que en presencia nuestra lo hicieron los Estados Unidos, lo hizo el Japón, lo está haciendo la Argentina y podemos y debemos hacerlo también nosotros, nosotros que llevamos en el alma infinitas y pujantes aptitudes que un error del pasado nos ha impedido poner en acción y práctica; debemos y podemos hacerlo porque tenemos el talento suficiente, porque poseemos las energías necesarias, porque somos dueños y señores del país más privilegiado de la tierra y porque llevamos nuestro ser hen-

chido de esperanzas, porque nos atormenta ya una sed infinita de grandeza y poderío, porque nos llama y nos impele nuestro destino que es trascendental, que es eterno.